



CAPÍTULO IV

El pueblo antes de la Revolución

SERÍA inútil detenerse aquí para describir extensamente la existencia de los campesinos en los campos y de las clases pobres en las ciudades al aproximarse a 1789. Todos los historiadores de la Gran Revolución han consagrado páginas elocuentísimas a este asunto: el pueblo gemía bajo el peso de los impuestos extraídos por el Estado, de los censos pagados al señor, de los diezmos percibidos por el clero y del trabajo personal impuesto por los tres. Poblaciones enteras estaban reducidas a la mendicidad y recorrían los caminos en número de quinientos, mil, veinte mil hombres, mujeres y niños en cada provincia; más de cien mil mendigos constaban oficialmente en 1777. En pueblos y aldeas el hambre había pasado al estado crónico; reaparecía a cortos intervalos y diezmaba provincias enteras.

Los campesinos huían entonces en masa de sus provincias, con la esperanza, pronto desvanecida, de hallar fuera de ellas mejores condiciones. Al mismo tiempo aumentaba de año en año en las ciudades la multitud de los pobres. Continuamente escaseaba el pan, y como los municipios no podían abastecer los mercados, los motines del hambre, seguidos siempre de derramamiento de sangre, se convertían en rasgo permanente en la vida del reino.



LA COMIDA DE LOS CAMPESINOS

Por otra parte, la refinada aristocracia del siglo XVIII derrochaba en un lujo desenfadado y absurdo fortunas colosales, rentas de miles y millones de francos anuales. Ante la vida que llevaban, puede un Taine de nuestros días extasiarse porque conoce la cosa de lejos, a cien años de distancia, por los libros; pero en realidad ocultaba, bajo exterioridades reguladas por el maestro de danza y tras una disipación escandalosa, la sensualidad más desenfadada, la carencia de toda delicadeza, de todo pensamiento y hasta de sencillos sentimientos humanos. Por consiguiente, el *hastío* llamaba a cada instante

a las puertas de esos ricos, y en vano empleaban contra él todos los medios, hasta los más pueriles. Bien se vió luego el escaso valer de esa aristocracia cuando estalló la Revolución, y los aristócratas, poco cuidadosos de defender «su» rey, «su» reina, se apresuraron a emigrar y a llamar en su socorro la invasión extranjera para que les protegiese contra el pueblo rebelde. Pudo juzgarse de su valor y de



LA COMIDA ARISTOCRÁTICA

su «nobleza» de carácter en las colonias de emigrados que se formaban en Coblentza, en Bruselas, en Mitau, etc.

Esos extremos de lujo y de miseria, tan frecuentes en el siglo XVIII, han sido admirablemente descritos por cada uno de los historiadores de la Gran Revolución; pero ha de añadirse un rasgo cuya importancia se manifiesta cuando se estudian las condiciones actuales de los campesinos de Rusia en vísperas de la gran Revolución rusa.

La miseria de la gran masa de los campesinos franceses era verdaderamente espantosa; había ido agravándose incesantemente, desde el reinado de Luis XIV, a medida que aumentaban los gastos del Estado y que se refinaba el lujo de los señores, tomando ese carácter de extravagancia de que nos hablan ciertas memorias de la época. Lo que contribuía sobre todo a hacer insoportables las



A LAS PUERTAS DE CALAIS. — LA MISERIA DE LOS SOLDADOS

exacciones de los señores, era que una gran parte de la nobleza, arruinada en realidad, pero ocultando su pobreza bajo apariencias de lujo, se empeñaba en arrancar a los campesinos las mayores rentas posibles, exigiendo de ellos hasta los menores pagos y censos en especie establecidos antiguamente por la costumbre, y tratándolos por medio de intendentes con todo el rigor de los más rudos exactores.

El empobrecimiento de la nobleza había hecho de los nobles, en sus relaciones con los ex-siervos, burgueses ávidos de dinero, pero inca-

paces de hallar otras fuentes de ingreso que la explotación de los antiguos privilegios, restos de la época feudal. He ahí por qué se encuentra en cierto número de documentos señales incontestables de un recrudecimiento de las exacciones de los señores durante los quince años del reinado de Luis XVI que precedieron a 1789.

Pero si los historiadores de la Revolución tienen razón para dibujar cuadros muy sombríos de la condición de los campesinos, sería falso deducir



EL DESHOLLINADOR

EL HERMANO DE MIRABEAU
(Caricatura de la época)

que los otros historiadores (como Tcoqueville, por ejemplo), que hablan de mejora de las condiciones en los campos, en esos mismos años que precedieron a la Revolución no fueron ciertos, porque lo positivo es que en las poblaciones rurales se realizaba un doble fenómeno: el empobrecimiento en masa de los campesinos y la mejora de la suerte de algunos de ellos. Bien se ve hoy en Rusia desde la abolición de la servidumbre.

La masa de los campesinos se empobrecía. De año en año su existencia se hacía más

incierta; la menor sequía engendraba la escasez y el hambre; pero al mismo tiempo se constituía una nueva clase de campesinos mejor acomodados y ambiciosos, especialmente en los puntos donde la descomposición de las fortunas nobiliarias se había efectuado más rápidamente. El burgués lugareño, el campesino aburguesado hacía su aparición, y él fué el primero que, al acercarse la Revolución, habló contra los derechos feudales y pidió su abolición, y quien durante los cuatro o cinco años que duró la Revolución exigió con tenacidad la abolición de los derechos feudales *sin pago de rescate*, es decir, la confiscación de los bienes y el fraccionamiento de los bienes conquistados; él fué, por último, quien más se encarnizó en 1793 contra los «anteriores» (1), los ex-nobles, los ex-señores.

Por el momento, al aproximarse la Revolución, ese campesino, convertido en notable en su pueblo, abrió los corazones a la esperanza y maduró el espíritu de rebeldía.

Las señales de ese despertar son evidentes, porque desde 1786 las rebeldías eran cada vez más frecuentes. Y es necesario que conste que si la desesperación de la miseria impulsaba al pueblo al motín, la esperanza de obtener algún alivio le conducía a la revolución.

Como todas las revoluciones, la de 1789 fué conducida por la esperanza de llegar a ciertos resultados importantes.

(1) *Ci-devant*, «anteriores», llamábanse así los adictos al antiguo régimen por sus títulos o su posición.—N. del T.

